DT 01 84

Si Debussy es ante todo un impresionista, Ravel es además un clásico. La armonía es en ambos impresionista, los dos están influidos por los rusos, por Fauré, Chabrier y Satie, por las músicas de España y por otros ambientes lejanos. Pero en Ravel está siempre presente la danza, sigue más el uso tradicional de la tonalidad y de la disonancia y sobre todo sus melodías son más claras y más definidas.

También la forma es más clara en las obras de Ravel, que es el primer compositor en el que el elemento de neoclasicismo es importante. Ravel es un virtuoso de la composición y su asombrosa habilidad técnica se extiende al campo de la orquestación. Gran parte de sus obras orquestales son geniales transcripciones de piezas para piano, del mismo modo que suya la fantástica versión orquestal que oímos habitualmente de los cuadros de una exposición de Mussorgsky.

Todo ello produce una obra importante, muy bella, técnicamente siempre fascinante y que hace avanzar, tanto como la de Debussy, el mundo de las sonoridades. Ravel, porque es más claro que Debussy, puede parecer menos profundo. En todo caso, tiene el mérito de caer menos en el pompierismo.

Hay que dejarse envolver por la belleza de la obra de Ravel, pero merece también ser escuchada con atención por esa su habilidad técnica. Precisamente, el popularísimo bolero es sobre todo eso, un monumento de orquestación y de clima sonoro, aunque es el ballet de Downey y Cloé lo más importante de la obra propiamente orquestal de Ravel. La segunda suite de Downey y Cloé, especialmente, no debe faltar en ninguna discoteca y esta vez voy a recomendar el disco que estamos oyendo por encima de los demás.

La interpretación de Pierre Boulez, con la orquesta de Cliveran, que contiene además tres muestras perfectas de la forma en que Ravel concebía la música española. Pero las interpretaciones de Münch y de Abado son también excelentes.